
Políticas de educación en Bogotá 1930–1948: espacios, orientaciones y agentes*

Educational policies in Bogota 1930–1948:
places, senses and agents

Jorge Orlando Blanco Suárez**

Universidad Distrital Francisco José de Caldas
jorgoblan@gmail.com

Giovanny Franscesco Salcedo***

Secretaría Distrital de Educación -SED. Bogotá D.C.
francescosalcedo@yahoo.es

Irma Marcela Machuca Camelo****

Secretaría Distrital de Educación -SED. Bogotá D.C.
marcelamachuca1@gmail.com

RESUMEN

El documento presenta un balance de las políticas educativas en Bogotá entre 1930 y 1948, concentrándose en cinco aspectos fundamentales: 1. una presentación general de la configuración de Bogotá, como una urbe, en el contexto de los gobiernos liberales, las perspectivas que estos asumieron frente a la formación de los ciudadanos y frente al crecimiento de la ciudad; 2. análisis y descripción de las políticas de ampliación de la cobertura de la escuela primaria que los gobiernos de la ciudad impulsaron para establecer las condiciones de “civilización”

Fecha de recepción: 30 de agosto de 2014.

Fecha de aceptación: 15 de noviembre de 2014.

* Artículo resultado de la investigación titulada *Políticas de ciudadanía en Bogotá: 1930-1948*, desarrollada por los autores en cooperación entre el Colectivo de Docentes *Círculos de Educación y Acción*, de la Secretaría de Educación Distrital, Bogotá D.C., y el Grupo de Investigación *Amautas, Pedagogías Críticas y Formación de Sujetos* de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Facultad de Ciencias y Educación, Proyecto Curricular de Ciencias Sociales.

** Candidato a Doctor en Ciencias Sociales con Especialización en Estudios Andinos, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –FLCSO Sede Quito, Ecuador. Magíster en análisis de problemas políticos, económicos e internacionales contemporáneos de la Universidad Externado de Colombia - Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo. Licenciado en ciencias sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente Investigador de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y miembro del Grupo de Investigación *Amautas Pedagogías Críticas y Formación de Sujetos* de esta misma institución.

*** Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Estudiante de la maestría: *Defensa de los derechos humanos ante Tribunales y cortes Internacionales*, de la Universidad Santo Tomás. Docente de la Secretaría de Educación Distrital, Bogotá D.C. Miembro del Colectivo de Docentes *Círculos de Educación y Acción*.

**** Licenciada en Lingüística y Literatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Educación, Universidad Externado de Colombia. Docente de la Secretaría de Educación Distrital, Bogotá D.C. Docente catedrática de la Universidad de Cundinamarca. Miembro del Colectivo de Docentes *Círculos de Educación y Acción*.

necesarias en una ciudad en crecimiento; 3. descripción de las políticas de cobertura, esta vez en el campo de lo técnico, destinada específicamente a los obreros; 4. análisis de las fuentes de financiamiento con las que contaron los gobiernos capitalinos para promover la educación, particularmente en lo que tiene que ver con la escuela primaria, secundaria y técnica; y 5. una revisión de lo que podría denominarse la educación en los espacios públicos, destinadas a enseñar y mejorar la “vida urbana”.

Palabras clave: Bogotá, educación primaria, educación técnica, fuentes de financiamiento, políticas educativas, espacios **públicos**.

ABSTRACT

The document show a balance of the educational policies in Bogotá between 1930 and 1948, centered in five fundamental aspects: 1. A general presentation of de configuration of Bogotá as a Urban into de liberal governments; the perspectives that liberal politics develop in front to the citizen education and in front to the grown of the city; 2. Analysis and description of the policies of increasing of the covert of primary school; that's into the liberal pretentions driving to establish the modern civilization in Bogotá; 3. Description of the technique education to labor people; 4. Analysis of the financial founds used by the liberal administrators in Bogotá to promote the educations, particularly refer to the primary, secondary an technical education And, finally; 5. a review over the education in public spaces.

Key words: Bogotá, public spaces, educational policies, elementary education, financial founds.

INTRODUCCIÓN

El presente documento hace una revisión del desarrollo de la educación en Bogotá en el periodo que va de 1930 a 1948. Específicamente nos centramos en el análisis de las políticas agenciadas por los gobiernos capitalinos para ampliar la cobertura en la educación primaria, secundaria y técnica, ampliando estos escenarios en la búsqueda de información sobre los modos en que los espacios públicos se asumieron también como espacios de formación de los habitantes de la capital. Se describen, así mismo, las fuentes de financiación con las que contaron los gobernantes de la ciudad para promover tanto la ampliación de la cobertura como la calidad de la educación en lo que allí se consideró importante: restaurantes escolares, educación física, actividades extracurriculares y rutas escolares.

Se plantea que el impulso de la educación es una respuesta al rápido crecimiento de la ciudad y a las necesidades de capacitar a la mano de obra de la ciudad para su adecuada inserción en el mercado laboral y, finalmente, a la búsqueda de un mayor protagonismo para el estado en el control y dirección de la educación. En esta dirección, se expone en primer lugar el contexto dentro del cual se impulsan dichas políticas y los modos en que Bogotá vive este periodo cargado de vicisitudes y contradicciones por el acelerado crecimiento de la ciudad, la violencia política y por las necesidades de adaptarse al desarrollo, en primer lugar de un mercado nacional y por las presiones de la inserción de la economía colombiana al mercado mundial.

En un segundo momento se presentan las acciones y políticas destinadas al incremento de la cobertura en educación básica y los modos como esta es entendida por parte de los gobernantes de la capital del país. En tercer lugar, se presenta cómo los gobiernos de la ciudad comenzaron a preocuparse por la formación técnico-laboral de los obreros bogotanos y cómo a partir de allí se impulsó la creación de institutos

especializados que contribuyeran a ampliar las capacidades de los trabajadores capitalinos para adaptarse a las nuevas necesidades del mercado dentro de un contexto de incipiente industrialización. En cuarto lugar, se presentan las fuentes de financiamiento y lo limitado de las mismas para afrontar las presiones de una ciudad en crecimiento. Finalmente se discute la importancia que comenzaron a ganar los espacios públicos y el uso de los mismos por parte de los habitantes de Bogotá y cómo esta creciente importancia sirvió de base para el impulso y desarrollo de políticas de uso de los espacios públicos, como escenarios para promover la “civilización” de los comportamientos de los bogotanos.

1. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El periodo que va de 1930 a 1940, conocido dentro de la historia tradicional como la segunda república liberal, representó para Colombia algunas transformaciones en la manera en que se asumía el papel del estado en el desarrollo económico y social. Una serie de reformas se implementaron en distintos campos con el fin de potenciar la integración económica, el fortalecimiento del mercado nacional, así como el desarrollo industrial todavía incipiente. No obstante, ¿cuál fue el impacto de estas reformas y, específicamente, de las reformas educativas en el caso específico de la capital de la república? ¿Qué orientaciones se impulsaron para lograr mayores niveles de cobertura y de calidad en la educación de Bogotá en este periodo? ¿Quiénes fueron los impulsores de estas reformas de la educación de esta ciudad? ¿Con qué recursos contaron y cómo accedieron a estos? ¿Qué campos de formación se privilegiaron? El presente documento busca dar respuesta a estas preguntas con el fin de contribuir al conocimiento y comprensión de un periodo complejo de la historia de Colombia y, particularmente, de Bogotá.

2. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Para dar respuesta a los interrogantes anteriores, recurrimos al análisis e interpretación de una serie de fuentes primarias, algunas de estas desconocidas dentro de los estudios sobre la historia de la Educación en Bogotá. Partimos, en este sentido, de la búsqueda de documentos referidos a la educación en Bogotá, publicados durante la época de estudio, tanto en la prensa como en otros medios de difusión. De lo que se trató en esta búsqueda fue de dar cuenta de la manera en que se intentó impulsar el desarrollo de la educación en Bogotá y los modos en que este impulso fue leído por sus protagonistas o por los analistas del momento. Del mismo modo se realiza un análisis estadístico que da cuenta del crecimiento de la cobertura educativa, particularmente en los niveles de básica y técnica, con base en información de fuentes oficiales, así como de documentos que estudian el crecimiento demográfico de la ciudad durante el periodo de estudio. En términos de fuentes, en este sentido, analizamos la prensa de la época, particularmente las revistas *el Gráfico* y *Cromos*, así como el periódico *El Tiempo*; se estudiaron también los debates y Acuerdos del Concejo de Bogotá y otros documentos oficiales de la época.

3. LOS RESULTADOS, LOS HALLAZGOS Y EL NUEVO CONOCIMIENTO

3.1 Bogotá, un panorama general de la ciudad y del país de 1930 a 1948

No pocas de las personas que viven hoy en la capital de Colombia descienden de campesinos. Sus padres lo son o descienden directamente de estos. La mayor parte de los habitantes de la capital colombiana son el producto y la muestra de un país que, de manera acelerada en el siglo XX, se convirtió en una sociedad de grandes ciudades, producto de varios procesos traumáticos.

El crecimiento de Bogotá ha sido el producto de esta transformación, que en la mayor parte de los casos ha sido resultado de la violencia política y de la consolidación del capitalismo en nuestro país. Desde el cuarto decenio del siglo XX, la migración de campesinos a las ciudades colombianas se hizo más intensa. El triunfo de los liberales en 1930, desencadenó olas de violencia por todo el país. En los periódicos y revistas de 1930 a 1948, se pueden extraer noticias de esa violencia que, junto a la esperanza de encontrar una mejor vida en las ciudades hicieron de éstas la escapatoria al hambre o a las balas partidistas.

Las pasiones políticas del tercer, cuarto y quinto decenio del siglo XX en nuestro país hicieron de Bogotá el principal destino de las migraciones campesinas de todos los rincones de Colombia. Su histórica condición de centro político, cultural y económico fue el aliciente para estas migraciones. Pero Bogotá apenas estaba despezándose de su condición colonial. Para 1930, la población de la capital de Colombia no alcanzaba a los 300.000 habitantes. Semidormida la ciudad, apenas si se daba cuenta de la gran cantidad de personas que día a día llegaban a poblarla. No estaba lista para tan rápido crecimiento. Tenía que despertarse totalmente para poder enfrentar lo que se le venía encima. Los dirigentes políticos liberales de Bogotá, durante el periodo de 1930 a 1946, intentaron nacer frente a este rápido crecimiento. Colombia estaba cambiando radicalmente. Estaba dejando, de ser una sociedad rural para convertirse irremediamente, por la fuerza del capitalismo mundial y de nuestros complejos procesos históricos, políticos, sociales y culturales, en una sociedad de ciudades.

En este marco, los dirigentes liberales (y conservadores) del cuarto y quinto decenio impulsaron la modernización de la sociedad colombiana. Reformas laborales, reforma agraria, reforma educativa y, en general, cambios en la manera de hacer política se experimentaron en pro de que Colombia definitivamente entrara a hacer parte del mercado mundial (Uribe, 1985; Palacios, 1979; Arévalo, 2009). Para esto, tenían que integrar todos los rincones del país y orientar el desarrollo de un mercado interno lo suficientemente fuerte y articulado para poder consolidar su poder político y económico.

Los nuevos habitantes de la ciudad entraron a hacer parte de los desheredados, de los desarraigados de Bogotá y la ciudad no les ofreció condiciones de vida que les permitieran salir de la pobreza (Arévalo, 2009). Esta ciudad ya había dado sus primeros pasos hacia la industrialización, con estos pasos también se habían generado movimientos sociales que tendían por la búsqueda de una sociedad distinta. La claridad ideológica y la fortaleza organizativa, no obstante, no eran sus características principales (Archila, 1992; Jaramillo, 1994; Le Grand, 1988), aunque sí representaron formas alternativas a las de las élites de asumir los procesos de modernización de Colombia y de las ciudades en particular (Vega, 2002; Blanco & Salcedo, 2012).

Cada vez con más frecuencia se hicieron comunes las marchas en protesta o apoyo a los partidos políticos tradicionales o a sus actividades. Las generaciones de políticos de las élites que vivieron su juventud durante los años anteriores a 1930 decidieron acercarse cada vez más a las masas. El ciudadano-masa y anónimo se hizo dueño de la calle y así mismo entró a ser parte de la industria (Archila, 1992; Brawn, 1998). Era el fin de la ciudad colonial, encerrada y silenciosa. Poco a poco los automóviles se habían apoderado de las calles estrechas y las hicieron insuficientes, poco a poco fueron derrumbándose las casas viejas, los edificios pequeños y fueron remplazándose por edificaciones cada vez más altas, más “modernas”.

En los decenios cuarto y quinto del siglo XX, los habitantes de Bogotá, nacidos o no en esta ciudad, asistieron a un periodo de transición. Algunos líderes liberales en el poder asumieron que formar una nueva generación de ciudadanos, esta vez “dignos” de serlo, era una prioridad. La educación que desde la Regeneración se había confiado casi ciegamente a la iglesia católica tuvo que someterse al control y vigilancia del Estado y este se convirtió en el motor del desarrollo de la educación, al menos en lo que se denominaba las primeras letras (Jaramillo Uribe, 1979; Tirado Mejía, 1981; Helg, 1989; Herrera, 1993; Rivas, 1999).

De esta manera, los cambios que estaba sufriendo la sociedad colombiana en general, y en particular la sociedad bogotana, rápidamente se hicieron evidentes en las leyes, en la costumbres de las élites y de las “masas”, en la manera de concebir la ciudad, en su aspecto, etc.

Opositores y defensores de los cambios que sufrió Bogotá entre 1930 y 1948 actuaron cada cual desde sus creencias y maneras de comprender el mundo, aunque de manera desarticulada y sin proyectos de largo plazo. Mientras tanto, la ciudad siguió extendiéndose por la sabana. En medio de tanto crecimiento sin control lo único que pudieron hacer los dirigentes fue tratar de reglamentar este crecimiento en todos los aspectos, incluido el comportamiento de los cada vez más numerosos habitantes de la ciudad; allí la escolarización y, en general, la educación comenzaron a jugar un papel cada vez más importante. En las leyes y decretos que se expedieron durante nuestro periodo de estudio se hacen evidentes los procedimientos que desarrollaron los dirigentes liberales (y conservadores) para tratar de darle orden a una ciudad que para muchos era un caos.

Dirigentes liberales y conservadores sentían que su deber era conducir al pueblo, darle el rumbo adecuado; librarlo de su “predisposición al desorden”, que muchos consideraban estaba dado por vicios raciales (Pedraza, 2001; Arévalo, 2009; Brawn, 1998). Esto se evidenció en los decretos y leyes nacionales, así como en Acuerdos municipales expedidos por el Concejo de Bogotá entre 1930 y 1948, como veremos a continuación, específicamente en lo relacionado al impulso de la educación en sus distintos niveles y espacios.

Ahora, antes de presentar el proceso que vivió en este periodo el desarrollo de la escolarización y la educación en la ciudad, es necesario hacer algunas precisiones en cuanto a la manera como entendemos el problema de la *educación* en nuestro periodo de estudio. En este sentido, en primer lugar intentamos ir más allá de las versiones que hasta ahora se han hecho en la historia de la educación en Colombia y en Bogotá, que se centran exclusivamente en el desarrollo de la escuela como espacio de formación. La educación la entendemos más en un sentido sociológico de formación de los habitantes de la ciudad, particularmente de los sectores populares y dicha formación desborda los límites de la escuela. Buscamos dar cuenta de lo que se hizo en el plano formal, pero también en el plano informal. Dadas las dimensiones del artículo, no obstante, lo que presentamos es el marco general de desarrollo de la educación en Bogotá y de las formas en que los políticos capitalinos asumieron e impulsaron dicha educación.

Desde este lugar, vemos que la historia de la educación en Bogotá específicamente para nuestro periodo de estudio, todavía está por hacerse, pese a los avances que presentan algunos textos al respecto (Noguera, 2002; Saldarriaga & Sáenz, 2002; Herrera, 2002). En la misma dirección, buena parte de los documentos sobre historia de la educación en Colombia abordan el problema desde una perspectiva general, sin detallar los desarrollos de cobertura, financiación, espacios de formación y, en general, de políticas educativas en ámbitos locales. Podríamos decir que se ha hecho la historia de la educación en Colombia, pero falta todavía hacer la historia de la educación en sus ciudades, más allá de la historia de la escuela.

Lo anterior no quiere decir que no se haya dicho nada. Se ha avanzado en la comprensión de los momentos importantes del desarrollo de la educación en Colombia desde una perspectiva general (Herrera, 1986, 1991, 1993; Helg, 1987, 1989), pero todavía falta mucho por decir en relación con las políticas locales de educación. Nuestro documento busca aportar herramientas para el análisis de esta historia en el caso concreto de Bogotá, en un periodo en que se produjeron cambios importantes, al menos en el plano formal.

Sobre este periodo, se ha avanzado en el estudio de los discursos y sobre el problema de la raza que los líderes políticos de Colombia vieron como un problema central que explicaría el atraso de la sociedad colombiana y la manera en que la educación contribuiría a paliar este problema (Kraus & Muñoz, 2005;

Muñoz, 2005; Pedraza, 2011; Noguera, 2002). Del mismo modo, se han adelantado estudios sobre los impactos de las reformas liberales en la creación de instituciones de educación superior para la formación de distintos profesionales, incluidos los de la educación (Herrera, 1991; Herrera, 2002; Figueroa, 2006; Parra, 2011). No obstante, falta una mirada global a la manera en que se configuró, de 1930 a 1948, un sistema local de educación, más allá de lo meramente escolar, y es en esta dirección que apuntamos nuestra investigación. Enunciadas estas ideas, pasamos ahora a dar cuenta de cómo se configura este sistema municipal de educación en distintos niveles y espacios de formación de los bogotanos.

3.2 La escuela primaria

De acuerdo a documentos oficiales y periodísticos, las administraciones municipales y los políticos capitalinos tuvieron tres preocupaciones primordiales frente al desarrollo de la educación primaria. La primera preocupación se refiere a la necesidad de enfrentar la baja cobertura de los establecimientos educativos en una ciudad en crecimiento. La segunda preocupación tiene que ver con la manera o modos como los futuros ciudadanos bogotanos deberían ser educados. El tercero está relacionado con los recursos económicos mediante los cuales se posibilitaría la realización de los objetivos del partido de gobierno.

Así, cuando los liberales llegaron al poder, la situación de la mayoría de los bogotanos era de un casi total abandono por parte de los organismos estatales y su protección estaba, de modo general, en manos de particulares y comunidades religiosas (Arévalo, 2009). La población en edad escolar se encontraba en su mayoría por fuera de las aulas, el porcentaje de analfabetos posiblemente se encontraba en el 70% de la población de Bogotá y los establecimientos de formación técnica eran casi inexistentes, etc.

El problema tenía que ser solucionado por parte del Estado si quería trabajar por el “progreso” del país y de la ciudad. La intención de trabajar más por la cobertura de la escuela en los gobiernos liberales la encontramos sintetizada en un informe de la Dirección de Educación Municipal del año de 1939, donde se afirma al respecto que,

Una de las preocupaciones que más se ha relevado en el programa de los últimos gobiernos ha sido la de llevar a todas las esferas sociales una posibilidad para la fácil educación de sus elementos. Han creído tales gobiernos, con un criterio de certeza, que una sociedad sin educar es el mayor obstáculo que se le puede presentar a un Jefe de Estado para la realización de sus programas administrativos (Roque Casas, 1939, p. 43).

Así, notamos la intención por ampliar la cobertura de las instituciones de básica primaria primordialmente. Desde casi el inicio mismo de los gobiernos liberales en la capital de la república son frecuentes las fundaciones y construcciones de escuelas para niños y niñas de primaria. En 1932, por ejemplo, mediante el Acuerdo Número 3 del 15 de Febrero se crearon dos escuelas para señoritas. Una en el barrio El Libertador y la otra en el barrio Belén (Consejo de Bogotá, 1933).

No obstante, la continua fundación de escuelas públicas primarias para niñas y niños, el cubrimiento era más bien escaso. Para 1932 asistieron a las escuelas de la ciudad sólo 6400 niños y niñas. El aumento para el año siguiente fue del 25%, lo que significa que el número de asistentes a las escuelas pasó a 7976 (Esguerra, 1933).

Así mismo, para 1934 también se plantea la necesidad de construir centros de educación en diversos sectores de la ciudad como lo demuestra el Acuerdo 23 del primero de junio del mismo año cuando dice que “la secretaría de obras públicas municipales procederá a levantar los planos de dos edificios escolares en el barrio Ricaurte, con la capacidad que dicho sector urbano requiere y ubicados conforme lo exígelas mayor comodidad de los alumnos” (Consejo de Bogotá, 1935, p. 65).

El paulatino aumento de las instituciones de educación primaria llega, al finalizar el decenio de los treinta, a un número de 35 locales construidos con la finalidad específica para el funcionamiento de escuelas públicas cuyos nombres, capacidad y ubicación era la siguiente:

Nombre	Cantidad de Salones	Barrio
Jorge Eliécer Gaitán	4	La providencia
Murillo Toro	2	San Fernando
República de Brasil	2	Las Granjas
Juan de Dios Uribe	2	Barrio Gaitán
Rojas Gárrido	2	Barrio del Rosario
Las Américas	8	Chapinero
Antonia Santos	6	Palermo
República del Salvador	4	La perseverancia
República de Argentina	6	Las Nieves
República de Venezuela	6	Las Nieves
Cenón Figueredo	2	Barrio Cundinamarca
República del Perú	4	San Luis
Santo Domingo	4	La Sabana
Antonio Ricaurte	6	Barrio Ricaurte
Antonio Nariño	4	Barrio Tejada
República de Chile	ND	ND
República del Ecuador	7	Las Cruces
Rebeca Gutiérrez de Camacho	2	El Vergel
República de Panamá	4	Luna Park
Alfonso López	8	Restrepo
Los Comuneros	4	1ro de Mayo
Estados Unidos	4	20 de Julio
Olaya Herrera	4	Centenario
Urbanización Camacho	4	Chapinero
Vergara y Vergara	4	Chapinero
Total	101	

Fuente. Bogotá, Roque Salas, *La Educación Pública en Bogotá*, 1939, p. 13.

Además de las anteriores escuelas, el municipio tenía otras en los barrios La Paz, La Concordia, Lourdes y Santander. El número total de escuelas a finales de los años 30 era de 168, aunque la mayor parte de estas funcionaban en locales no aptos para el desarrollo de actividades educativas (Roque Salas, 1939, p. 14). El Número de asistentes a la totalidad de las escuelas fue, para el año de 1939, de “12.195 escolares distribuidos así: niños, 6.195, y niñas, 6.000, lo que da un promedio de 72 estudiantes por escuela” (pp. 13 y 15).

Ahora bien, si los datos de los asistentes a las escuelas en el año de 1939 los comparamos con la población en edad escolar en los cursos de básica primaria, es decir, entre los 6 y los 10 años¹, para el año de 1939, año en el cual esta población ascendía a 27.515 niños, tenemos que el Municipio de Bogotá alcanzaba a cubrir sólo el 44.3% de la demanda en éste año (Rother, 1958, p. 10).

De este modo, pese a los esfuerzos por incrementar la cobertura, los alcances de la creación de nuevas escuelas es más bien limitado. No obstante esta preocupación se va a mantener durante la década de los cuarenta, década en la que el número de escuelas públicas llega a 337 (en 1946). Estas escuelas atendieron, en dicho año, a un total de 15.531 niños de ambos sexos, lo que muestra, no obstante, un descenso del promedio de estudiantes por escuela, que pasa de 72 a 46 (Samper, 1948, p. 108).

Ahora bien, hay que aclarar que el número de instituciones educativas en la capital de la República no se reduce a la cantidad de instituciones públicas ya que, por parte de particulares, la fundación de instituciones escolares fue también progresiva y continua durante nuestro periodo de estudio. En este sentido tenemos que, para 1948, el número de instituciones privadas ascendía a 126, de las cuales 31 atendían a población exclusivamente masculina, 43 atendían a la población femenina y 52 trabajaban con los dos sexos (Pérez, 1948).

Las instituciones escolares fundadas por la administración capitalina se dedicaron principalmente a la prestación del servicio en los grados de la enseñanza primaria y, para 1948, el número de instituciones oficiales de enseñanza secundaria es de tan solo 5, mientras que había 57 instituciones privadas de este nivel, de las cuales 30 prestaban sus servicios a la población masculina y 27 a la femenina (p. 142).

A medida que el nivel de educación ascendía, el número de instituciones educativas se reducía así como la cantidad de personas a las que se les prestaba este servicio. Así, para 1948 había en la ciudad 6 establecimientos de educación universitaria. Estos eran, La Universidad Nacional, la Universidad Javeriana, el Colegio Mayor del Rosario, la Universidad Libre, la Universidad Externado, y el Gimnasio Moderno, Institución esta última en la que se podían realizar estudios de administración industrial y comercial (Uribe, 1989)².

En lo referente a la manera como los ciudadanos deberían ser educados dentro de la escuela, el primer referente lo daba el Ministerio de Educación quien elaboraba los pensum que los estudiantes deberían cursar. Éste comprendía las asignaturas básicas (historia, geografía, matemáticas, lengua castellana, civismo, etc.), además de la educación religiosa y la educación física que empezó a ser tenida en cuenta desde los años veinte con el fin de mejorar las condiciones físicas y anatómicas de un pueblo que se consideraba viciado racial y culturalmente (Klaus, 2005; Blanco, 2012).

Para un mejor funcionamiento de las labores escolares, la administración municipal destinó recursos considerables para actividades de distinta índole, dentro de ellas la alimentación de los estudiantes de bajos recursos de las escuelas públicas. En este sentido tenemos que, ya desde el año de 1933, el alcalde Alfonso Esguerra Gómez propuso que los recursos destinados para el funcionamiento de los restaurantes escolares, que venía destinando la administración (5.000 pesos anuales) se aumentarían a 6.000 pesos, teniendo en cuenta que la cantidad de escolares que necesitaban del servicio había aumentado; además proponía que se destinaran 3.000 pesos más para la compra de sweaters para los niños menesterosos (Esguerra, 1933).

¹ Pese a que la determinación de la edad escolar pueda resultar anacrónica, tomamos este rango de edad como indicador válido de dicha cobertura. Los datos relativos a la población en edad escolar provienen de Rother, 1958, p. 10.

² A este número de instituciones se agregarían, este mismo año, la primera fundación de la Universidad Distrital y la fundación de la Universidad de los Andes (Uribe, 1989).

El problema de la alimentación de los niños fue creciendo a medida que la ciudad aumentaba su tamaño y que el número de pobres aumentaba. Los restaurantes escolares se iniciaron teniendo en cuenta que “Muchachos desnutridos, hambreados, enfermos, sucios y sin el más leve asomo de responsabilidad social, integraban el material humano que ocupaba los bancos escolares. Los resultados eran, desde luego, de la misma calidad de las circunstancias que rodeaban al estudiante” (Roque Salas, 1939, p. 13).

Así, para 1939 funcionaban en Bogotá 41 restaurantes escolares administrados por particulares. La mayoría de estos restaurantes funcionaban en casas alquiladas por la administración de la capital. Lo que perseguían estos restaurantes era mejorar las condiciones alimenticias de los niños con el fin de que desempeñaran mejor sus labores y deberes. Perseguían así mismo, el mejoramiento anatómico e intelectual de la raza³. El número de niños a los que los restaurantes escolares prestaban sus servicios no cubría la totalidad de asistentes a las escuelas públicas. Sólo un poco más del 50% de los niños tuvieron, en 1939, la posibilidad de acceder a este servicio (pp. 26-28).

Por otro lado, la formación de los niños y niñas de las escuelas públicas se vio influenciado por el creciente uso de tecnologías de información y comunicación. Así, durante son varios los programas de uso de la radio y el cine como instrumentos de capacitación y educación en valores que impulsan los gobiernos nacionales y municipales (Uribe, 2004).

Así, a finales del decenio de los treinta, se puso en marcha una campaña denominada con el nombre de “Escuela del Aire”, que consistía en la transmisión de programas radiales destinados a la formación de los profesores de la capital. Dentro de los programas transmitidos en el marco de esta campaña, se les explicaban a los estudiantes distintos problemas relacionados con álgebra, geografía, lengua castellana, etc. (Roque Salas, 1939, pp. 48-49).

Junto con la radio, el cine, que había llegado al país desde el primer decenio del siglo XX, también se puso al servicio de educación de los estudiantes de las escuelas públicas. Los niños eran transportados al Teatro Municipal para asistir a la proyección de lo que se llamó cine educativo. La utilización del cine se vio apoyada por el Ministerio de Educación Nacional (p. 40).

Otras formas mediante las cuales se pretendió mejorar la formación de los estudiantes de las escuelas públicas se encuentran referencias tanto en el libro que hemos venido citando, como en la prensa donde se muestran con gran entusiasmo las actividades realizadas en el Teatro Infantil, ubicado en el Parque Nacional Olaya Herrera. Al respecto Luis Eduardo Nieto Caballero (1938) manifestaba que:

Una profunda satisfacción nos produjo el informe que quiso enviar a ‘El Tiempo’ el señor Antonio Agudelo, administrador del Teatro Cultural, acerca del beneficio que se les ha venido dispensando sin ruido [...] a los niños. Se trata de los de las escuelas públicas, de los pobres ante todo, que en cifras tan halagadoras como 193.000 han acudido en 17 meses a las funciones diarias y a las semanales del Guignol, a la Biblioteca Infantil, y a las charlas amenas que en el Parque Nacional les hacen (El Gráfico, junio 4).

Luis Eduardo Nieto Caballero termina el artículo alabando y llamando a la alabanza general de la labor de la administración en cuanto a la financiación y promoción de este tipo de actividades, considerándolas de una “enorme trascendencia social” y como obras “eminente cristianas”.

³ Como han anotado acertadamente Klaus y Muñoz (2005), el problema del mejoramiento de la raza fue crucial en la primera mitad del siglo XX. La higiene, la educación física y el cambio de costumbres a través de la educación se vieron como instrumentos para tal fin.

Con este tipo de actividades -asistencia a la proyección de películas de *cine educativo*, así como a charlas y conferencias- lo que se pretendía era que los niños fueran asimilando sus deberes sociales. Eran campañas de legitimación de las instituciones estatales, a partir de la educación.

Finalmente, es importante mencionar cómo la educación pública le apunta a fortalecer a los infantes mediante el impulso de la educación física. Durante el decenio de los treinta empezaron a ser comunes las marchas de deportistas de distintas disciplinas por la capital con el fin de mostrarle a la “opinión pública” los avances y progresos en este aspecto. No hay que olvidar que para la época, en todo el mundo, el deporte, el buen desempeño en las disciplinas deportivas se convierte en manifestación del poderío y desarrollo o progreso de las naciones. En nuestro país, los dirigentes empezaron a darle importancia a este aspecto en la medida en que el avance en el deporte significaba una posibilidad más para estar a la par con las naciones más “desarrolladas” del mundo y de paso como una vía para el mejoramiento de la raza.

Manifestaciones de agrado y satisfacción por el incremento de la actividad deportiva en Bogotá y en el país son frecuentes durante nuestro periodo de estudio en las páginas de los diarios y revistas. Un ejemplo de la manera como veían las élites la labor adelantada por las instituciones escolares de la capital en cuanto al mejoramiento físico de los jóvenes bogotanos es el siguiente:

El despliegue de equipos escolares con que se celebró el 12 de octubre de 1940 en la capital colombiana dejó en nuestro ánimo la certeza de que el régimen de educación física nacional ha llegado a una cumbre de que debemos sentirnos cómodos y ufanos [...] Nuestras esperanzas quedaran pagadas con creces, y nuestro espíritu seguro de que, si se prosigue trabajando con el propio empeño, algún día alcanzaremos la recompensa de ver transformado, con relativa perfección la conformación anatómica de nuestras gentes y realizados los ideales de un completo mejoramiento de nuestro pueblo, tarado de suyo por serios y comprometidos vicios biológicos (El Gráfico, 19 de octubre de 1940).

3.3 La educación técnica para obreros

A parte de la preocupación por ampliar la cobertura en educación primaria (que aunque modesta es significativa), durante nuestro periodo de estudio podemos encontrar otros espacios en los cuales las distintas administraciones de la ciudad pusieron su empeño. Estos espacios están relacionados con la educación de lo que ellos (los administradores y políticos) llamaban la población obrera.

Para la educación de esta población se crearon distintas instituciones cuya finalidad era dotar a los obreros y obreras de herramientas “intelectuales” y técnicas para llevar a cabo su trabajo de manera más adecuada. Una muestra del pensamiento que orientaba la fundación y funcionamiento de estas instituciones para obreros la da la misma dirección de Educación Pública a finales de los años 30 al considerar que:

tratándose de los grupos obreros, el pensamiento de la educación práctica se hace imperativo. Capacitar al obrero para una labor profesional de manera que le dé el mayor rendimiento dentro del menor tiempo posible, es la norma que se ha trazado el Gobierno municipal desde hace unos cuatro años a esta parte, con resultados de positivo beneficio para los trabajadores y artesanos (Roque Salas, 1939, p. 18).

Las instituciones creadas para tal fin se denominaron *institutos profesionales*, en las cuales la formación era técnica u orientada a lo que hoy podría denominarse “competencias laborales”. Los más conocidos de estos institutos, creados por la alcaldía mediante acuerdos o decretos, fueron el Instituto Profesional para Señoritas y el Instituto Profesional para Varones. El primero de estos tenía dos sedes: una en el norte y otra en el sur; en la del norte se le enseñaba a una población femenina de entre los 11 y los 18 años

especializaciones tales como telegrafía y comercio; en el del sur, las especializaciones eran modistería, sastrería, sombrerería, tejidos, trabajo en mimbre, guarnición, culinaria, horticultura y avicultura, en este estudiaban 250 niñas por año (p. 19).

En el instituto profesional para varones, las especializaciones eran Mecánica, Forja, Carpintería, Fundición, Zapatería, Sastrería, Talabartería, Plomería y automovilismo que preparaba choferes mecánicos. A diferencia de la educación que se impartía en los institutos profesionales para señoritas, en el de varones se impartía una formación complementaria que comprendía materias tales como ciencias naturales, dibujo, física, química, geometría, álgebra, castellano e historia (p. 20).

Además de estos institutos, el municipio contaba con una Escuela Media de Comercio destinada para los obreros, en horas de la noche. Para el ingreso a esta escuela los estudiantes debían probar que estaban trabajando en el día. La educación en esta escuela duraba tres años, de seis a diez de la noche.

En esta escuela, las clases básicas de todos los años eran aritmética, castellano, geografía e historia, contabilidad, inglés, mecanografía, taquigrafía, conocimientos de productos y legislación e historia del Comercio. La educación que recibían los trabajadores en esta institución era gratuita, y se les suministraba el material indispensable para el trabajo: cuadernos, libros y demás útiles. Igualmente, los estudiantes de la Escuela Media de Comercio gozaban de los servicios médicos dentales además de servicio de comedores que se instalaron con el fin de que los estudiantes no llegaran tarde (pp. 22-23).

Así mismo, funcionaban en Bogotá, como plan de la administración para la lucha contra el analfabetismo, escuelas nocturnas dedicadas a la educación primaria para adultos. La campaña inició en los años 30 con motivo de la celebración del IV Centenario de la fundación de Bogotá:

Siendo Alcalde de Bogotá el doctor Manuel Antonio Rueda Vargas, dictó un decreto por el cual se iniciaba una campaña de desanalfabetización (sic), como homenaje a los fundadores de Bogotá en el IV Centenario. Esta campaña fue iniciada (octubre, 1936) con el concurso de gran número de profesores que en forma espontánea se inscribieron para prestar sus servicios de manera gratuita en los barrios obreros, donde se abrieron institutos para enseñar a leer y escribir. Esta campaña, coronada con gran éxito, contó con más de 4.000 alumnos (hombres y mujeres) mayores de 14 años, repartidos en 38 institutos que trabajaban dos horas diarias (6 a 8 p.m.) (pp. 41-42).

La campaña en contra del analfabetismo, de que habla el texto citado, continuó durante los años cuarenta pero ya no funcionando con profesores voluntarios, debido a que estos se fueron retirando paulatinamente. Así, para 1946, el número de institutos nocturnos para obreros (hombres y mujeres) descendió a 30, con una matrícula de 1356 alumnos, de los cuales 1066 eran hombres y 290 mujeres (Pérez, 1948, p. 108).

En lo que se refiere a la formación que adultos y obreros recibían, es de gran importancia tener en cuenta que, así como en la formación de niños y niñas el deporte, se asumió como un medio para el mejoramiento de la raza y de las características anatómicas del pueblo. Con esto se pretendía no sólo formar al obrero en el dominio de ciertas técnicas que le posibilitaran un mejor desempeño en su labor diaria, sino que además éste mantuviera un buen estado físico para que su labor fuera bien desempeñada, en beneficio de él mismo y de la empresa en la que trabajara.

El apoyo que las autoridades concedieron a las instituciones de formación popular queda ratificado, ya desde principios de la década de los treinta, cuando por acuerdo 28 del 13 de junio de 1932 el Concejo de la ciudad aprueba un contrato con la llamada Universidad Popular en el cual esta institución se comprometía a crear 30 centros de capacitación para adultos así: “Francisco Gaitán (rector de la Universidad Popular)

se compromete a fundar y a sostener en esta ciudad treinta institutos nocturnos para obreros de ambos sexos, los cuales funcionarán dentro del perímetro urbano” (Consejo de Bogotá, 1935, p. 86).

Con la formación del obrero se possibilitó, viabilizó y legitimó institucionalmente la división y especialización del trabajo que el capitalismo requiere para su óptimo funcionamiento. Decimos que se legitimó o que se empezó a legitimar la división del trabajo debido a que al abrir las puertas al obrero, o a los hijos e hijas de éstos, a los institutos técnicos, se abría también para ellos la posibilidad de elevar su estatus social aunque esto no fuera más que una ilusión en la mayoría de los casos.

Pero con la formación de los obreros no sólo se legitima la división y especialización del trabajo sino que los políticos y administradores de ambos partidos van a legitimar su poder, a la vez que garantizan la sumisión de los trabajadores que ingresan a estos institutos, en la medida en que esto se ve como un regalo, como una obra benefactora y filantrópica en beneficio de los sectores necesitados. No es un deber del estado, sino un regalo de los mandatarios para un pueblo menesteroso y atrasado (Arévalo, 2009).

3.4 Fuentes de financiamiento

En cuanto a los recursos que el Municipio destinaba para llevar a cabo los proyectos que en materia de instrucción pública tenía, podemos decir que estos casi siempre fueron insuficientes. Esto lo confirman la mayoría de mandatarios municipales que ejercieron sus funciones durante el periodo estudiado.

Un ejemplo concreto de lo reducido de la inversión en materia educativa lo podemos tener cuando miramos que el presupuesto que para fines de la educación se destinó, en la vigencia de 1933, fue de treinta y tres mil seiscientos pesos (\$33.600), repartidos de la siguiente manera: para las escuelas públicas diez y nueve mil quinientos sesenta pesos (\$19.560) que se invertirían en el pago de directores, inspectores, ayudante del inspector, peluqueros, celadores, porteras y dos profesores de gimnasia. El presupuesto restante se dedicó a los Institutos Profesionales de Industrias Artesanas que contaba con catorce mil cuarenta pesos (\$14.040). Ahora, si tenemos en cuenta que el presupuesto total de gastos para ese mismo año fue de 546.300 pesos, vemos que sólo se invertía el 6.14% en materia de educación pública (Consejo de Bogotá, 1935, pp. 210-211).

En todo el decenio de los treinta, y en el de los cuarenta, los montos de inversión en materia educativa no van a sufrir grandes cambios. El porcentaje va a ser básicamente el mismo. Pero si hay algo en lo que el volumen de recursos va a aumentar es en la inversión en la fundación y funcionamiento de instituciones de carácter técnico. El dinero que se invertía en instrucción pública era complementado con los recursos que la Nación y el Departamento de Cundinamarca otorgaban al Municipio de Bogotá.

3.5 Educación en los “espacios públicos”

No obstante, la educación de los bogotanos no se restringió al espacio concreto de la escuela, sino que mediante distintos acuerdos, programas y leyes se intentó que los bogotanos aprendieran a comportarse dentro de los parámetros de una “sociedad civilizada”. En este sentido, la formación ciudadana, el cultivo de ciudadanos respetuosos de las leyes y del bienestar general, en últimas, del orden establecido, se intentó por distintos medios.

Con la educación en estos espacios, las distintas administraciones capitalinas intentaron darle solución a los problemas que se habían generado con la transformación de la ciudad, con su crecimiento y con la ampliación de los espacios públicos. La norma a seguir era que los ciudadanos deberían adoptar comportamientos civilizados en los espacios públicos con el fin de que la ciudad pudiera desarrollarse, hacerse más eficiente y competitiva en los diversos aspectos de la vida diaria.

Las constantes construcción de parques, plazas y, en general, de espacios dirigidos para el encuentro de los habitantes de Bogotá tenían como intención hacer de ellos “verdaderos ciudadanos”, comprometidos con el desarrollo material de la urbe. Producto del “compromiso de todos”, los ciudadanos del común también se beneficiarían puesto que si la ciudad desarrollaba sus capacidades económicas y administrativas podría mejorar el cubrimiento de las necesidades de las personas que en ella habitaban; es decir, que el pensamiento general era legitimar las instituciones que la ciudad poseía y por medio de ellas legitimar el poder y la dominación que el Estado venía intentando legitimar dentro de un mayor número de hombres y mujeres.

En este sentido el primer paso era la implantación o imposición y popularización de unos parámetros de “calidad de vida” acordes con la mentalidad burguesa, esto es, se quería que tanto el aspecto como la manera de pensar de los bogotanos cambiara; se buscaba que la gente se aseara continuamente, que interiorizara las “buenas costumbres”, que pretendiera los cambios, que desarrollara más necesidades, que buscara, en últimas, una vida mejor (Klaus, 2005; Noguera, 2002).

Así, la ciudad empieza a desarrollar mecanismos de regulación social basados en la búsqueda personal de la satisfacción de las necesidades básicas. El Estado, en este sentido, a través de sus instituciones locales formales se convierte en un posibilitador de cambios, en un regulador, organizador u ordenador de la vida de los bogotanos. Lo que se pretendía, era una ciudad moderna y civilizada, pero sobre todo, una ciudad cuya imagen transmitiera a sus habitantes y visitantes la impresión de estar en una ciudad europea o estadounidense.

Las construcciones públicas y privadas, así como los proyectos de urbanización que se proponen durante el cuarto y quinto decenio del siglo XX, pretenden aniquilar, sea mediante el ocultamiento o la construcción, la imagen de pobreza, atraso y desorden que tenía Bogotá⁴.

Casos representativos de esta o estas intenciones son muchos los que podemos encontrar durante nuestro periodo de estudio. Por ejemplo, mediante el acuerdo número 7 de 1932, el Concejo Municipal aprueba el cambio de nomenclatura, consistente en una nueva enumeración de las calles y avenidas de Bogotá con la intención de darle un orden que facilitara la ubicación y el crecimiento de la ciudad que hasta esa época no había obedecido a ningún plan preconcebido. A este cambio de nomenclatura se le dio un plazo de dos años con el fin de permitir que los bogotanos se acostumbraran al nuevo sistema (Esguerra, 1933). Es con este cambio que se divide a la ciudad en norte y sur, marcando un punto cero, para dicha división.

Como dijimos, se trataba de organizar a la ciudad, de enfrentar el crecimiento desmedido tanto de su territorio como de su población. El crecimiento de la ciudad había implicado, lógicamente, el crecimiento del desempleo, de la mendicidad, de los “cordones de miseria”, de las ventas ambulantes, del caos del tránsito, etc. Esto debido a la carencia de una infraestructura adecuada, así como por lo limitado de la industrialización de la ciudad.

Medidas para el control u ordenamiento del crecimiento de la ciudad son frecuentes. Así, en lo que tiene que ver con la presencia de los vendedores ambulantes, en 1932, se dispuso la reglamentación de este oficio. Mediante el acuerdo número 37 del 26 de agosto de dicho año, se dividió el oficio de vendedor ambulante en cuatro categorías y a cada categoría se le impuso una tarifa diferencial de impuestos de acuerdo a los niveles de ingresos (Consejo de Bogotá, 1935, p. 123).

⁴ Al respecto es importante mencionar que una de las primeras publicaciones de la revista de la Sociedad de Arquitectos de Colombia planteaba la necesidad de acabar con barrios obreros emblemáticos como Las Cruces, por considerarlo atrasado y propicio para la suciedad y la delincuencia.

Lo importante de esta medida radica en el hecho de que el oficio de vendedor ambulante adquirió una tipificación legal. El vendedor ambulante, independientemente de la categoría a la que perteneciera, se convirtió en una figura legal, adquirió deberes y derechos específicos y pasó a aportar al fisco de la ciudad. Se hizo parte del sistema. Al ser su actividad de subsistencia una actividad económica, el oficio de vendedor ambulante no podía estar por fuera del régimen tributario, debía ser controlado y tipificado, debía convertirse en algo censable, ubicable y controlable.

En términos de educación, la importancia de la reglamentación del oficio de vendedor ambulante radica en el hecho de que el acuerdo imponía la obligación de usar uniforme y una escarapela en lugar visible en la que se leyera la clase o categoría a la cual pertenecía cada vendedor ambulante. Así mismo, el acuerdo establecía los horarios y lugares en los cuales se podía llevar a cabo dicha actividad.

Sin embargo, ninguna estrategia que pretenda el cambio en los comportamientos sociales puede basarse en simples medidas de orden punitivo o legal, pues el cambio debe sentirse como una necesidad imperiosa, como algo deseable y debe, por ello, partir también de la seducción de los individuos, para predisponerlos de antemano a dichos cambios. En este sentido, las estrategias de seducción “pedagógicas” impulsadas desde la Alcaldía también tuvieron un lugar relevante en procura del cambio que se quería obtener de los ciudadanos bogotanos.

Al respecto, es importante mencionar medidas como las que realizó Jorge Eliécer Gaitán cuando fue alcalde de Bogotá. Durante la administración de Gaitán, las medidas legales dejaron de ser sólo medidas punitivas y pasaron a ejecutarse mediante la seducción y la educación. Continuamente se le veía en los barrios pobres repartiendo regalos y comentando lo que pretendía durante su administración. Con sus visitas a los barrios obreros, la figura del alcalde de Bogotá dejó de ser desconocida y lejana para los pobres de la ciudad.

La Administración de Gaitán se ganó el reconocimiento de los bogotanos, fuera para desaprobarlo o para celebrar sus iniciativas. Poco tiempo después de su nombramiento, la prensa consignaba con gran entusiasmo lo siguiente:

En el municipio se nota la presencia del alcalde. Hay optimismo. Jorge Eliécer Gaitán, agitador, está demostrando que tiene madera para constructor. Y ha tomado medidas que acreditan su buen juicio, su amor por la ciudad y su resolución de dejar, hondamente marcada sobre el terreno que corre, la huella de su paso (El Gráfico, Julio 4, 1936).

Mientras duró en la alcaldía Jorge Eliécer Gaitán se dictaron varias medidas que pretendían cambiarle el aspecto a la ciudad, así como eliminar algunos comportamientos que eran tradicionales en algunos bogotanos. Al respecto, es importante ver, por ejemplo, el Acuerdo 47 de 1936, que aunque fue objetado, muestra las intenciones que tenía Gaitán respecto al cambio de la ciudad y del comportamiento de los bogotanos. Este acuerdo intentó prohibir desde los anuncios con gritos, “pitos, campanas o cualesquiera otros instrumentos, de toda clase de mercancía, por las calles de la ciudad”; hasta el comportamiento de los conductores y choferes, a quienes se les intentó obligar a poner en sus vehículos pitos o sirenas que no se escucharan a más de cuarenta metros y que hicieran ruidos estridentes. Los conductores, además, si este artículo hubiese sido aprobado, no podían hacer uso de los pitos después de la once de la noche y hasta las seis de la mañana. Para evitar accidentes de tránsito, los vehículos deberían hacer uso de los faros, en cada cruce de esquina, mediante un complicado cambio de luces (Consejo de Bogotá, 1937, pp. 112-113)⁵.

⁵ En este acuerdo también se prohibía el uso de radios y vitrolas después de las once de la noche y hasta las seis de la mañana y se facultaba a la policía para cobrar multas a quienes violaran lo dispuesto por este Acuerdo.

Antes de 1938, pero primordialmente después de 1935, el interés fundamental que muestran los administradores de la ciudad y del país es el de preparar a Bogotá para la celebración de su IV Centenario. Gaitán participó de este interés y sus obras y en parte algunas de sus actuaciones públicas deben ser entendidas en este sentido.

Entre las obras más significativas de la administración Gaitán con carácter de ley están la prohibición de avisos que no estuvieran escritos en Castellano así como la de aquellos que no cumplieran con “normas mínimas de estética”, la intención de eliminar a los barrios pobres que estaban ubicados en el Paseo Bolívar, la construcción de 26 kioscos sanitarios en distintos lugares de la capital, la construcción de servicios sanitarios públicos en los barrios obreros, la construcción de jardines en los parques de los barrios pobres, entre otras.

La disposición legal que prohibió los avisos en otro idioma muestra una preocupación, por un lado, nacionalista y, por otro, un afán de mejorar el aspecto de la ciudad. En lo que se refiere al nacionalismo, ya años antes algunos bogotanos se habían quejado por la moda de usar palabras en inglés o del francés tanto en la publicidad como en las conversaciones cotidianas. En 1929, por ejemplo, en un artículo de El Gráfico un bogotano dice, respecto de esa moda de llamarlo todo en otro idioma que:

Es así como un pueblo se despoja lo propio, es así como se allanan los caminos de la conquista, como se abre paso al extranjerismo, que mata naciones jóvenes, que debilita naciones antiguas y grandes. Es así como, por virtud de lentos avances, lo que es extraño a una cultura que merece tal nombre, adquiere posiciones allí donde no debería tenerlas. Es así como se reniega del título heredado de varones insignes que dedicaron la vida entera al lustrar los blasones heredados de la Madre Patria. Así se desmoronan las nacionalidades más fuertes: proscribiendo una lengua, una religión y unas tradiciones caras a la sangre de las propias venas (El Gráfico, 1ro de Junio de 1929).

En lo que se refiere a la estética, la idea era que los avisos cumplieran con normas mínimas tanto en su construcción como en el lugar en el cual se exponían. Fueron prohibidos, de esta manera, los avisos en paredes y aquellos expuestos en materiales toscos, como tablas o latas en mal estado (Consejo de Bogotá, 1937, pp. 48-49).

Dentro de las obras que se llevaron a cabo, durante la administración Gaitán con motivo del centenario, están las siguientes: a) refuerzo y ensanche de la red de distribución del Acueducto municipal; b) construcción de la “Avenida del Centenario”, entre la estación del tranvía, en Paíba, y Puente Aranda, construcción de casas para empleados municipales y terminación de la “Avenida Caracas” (p. 89); c) reemplazo de los postes de madera por metálicos; d) construcción de una cárcel municipal; e f) instalación del servicio de buses para los niños de las escuelas (p. 70).

En lo que tenía que ver con la construcción de los kioscos sanitarios, éstos se dividían en dos categorías: de primera y de segunda. Los primeros deberían tener todos los implementos de aseo de primera categoría desde la taza, hasta el lavamanos. Cada uno debía tener un compartimiento para caballeros y otro para las señoras. Además debían tener espejo, jabón líquido, papel toalla para manos, orinal individual, de primera y papel toilette. El precio para estos de primera clase era de dos centavos (\$0.02) por usuario.

En los kioscos de segunda categoría los utensilios eran todos de segunda. El orinal debía ser colectivo, con capacidad para cuatro personas, y no tenían espejo, ni para damas, ni para caballeros. Los gastos de construcción, mantenimiento, etc., se dejaron en manos del contratista. Este sacaría sus ganancias de una concesión de 10 años. No debería demorarse más de 10 meses en su construcción y para iniciar las obras no deberían pasar más de tres meses (pp. 77-78). Aquí se ve cómo la distribución de los baños tiene una marcada diferenciación en lo que se refiere a sus posibles usuarios. No habla de pago alguno para los de

segunda clase. Pero es necesario hacer notar la distinción que hace entre kioscos de primera y de segunda. ¿Acaso sería para hombres y mujeres de primera y hombres y mujeres de segunda? La misma ubicación dentro de la ciudad, como las características de cada uno de estos servicios sanitarios, así lo hace pensar.

Con las distintas medidas legales, con las construcciones, con la puesta en marcha de programas destinados a cambiarle el aspecto a la ciudad así como con la intención de cambiarle la mentalidad a los bogotanos, se dieron pasos firmes en la legitimación de las instituciones; estas estaban cumpliendo con su deber de garantizar el bienestar de los gobernados, estaban velando por la seguridad y tranquilidad y, en últimas, estaban “construyendo ciudadanía”. Poco a poco, los bogotanos se fueron metiendo, fueron vinculándose con los planes institucionales e, incluso, fueron teniendo la posibilidad, aunque de manera limitada, de hacer parte del poder, fueron sintiendo que tenían el derecho de opinar sobre lo que pasaba y se hacía en la ciudad.

En relación con los recursos necesarios para que los proyectos y programas pudieran ejecutarse fue conseguida mediante varios tipos de financiación. Por un lado, estaban los recursos que la Nación y el Departamento le giraban al Municipio y los que el Municipio se garantizaba para sí mediante la implantación de impuestos por diversos conceptos.

Así, para las obras del IV Centenario de Bogotá, el Estado le giró al Municipio la considerable suma, para la época, de un millón trescientos mil pesos (\$1. 300.000) diferida a tres años -de 1936 a 1938- y el Departamento contribuyó con diversas obras que le darían un nuevo aspecto a la ciudad, que la llenarían de orgullo. También colaboraba el Estado con dinero para la educación, ella proporcionaba los útiles escolares que fueran necesarios para el mejor funcionamiento de las escuelas. Por su parte, el Departamento debía proporcionar los profesores que necesitaran los centros de estudios.

Cuando el Estado le giró al Municipio de Bogotá, la suma antes mencionada, en la prensa se generó un gran optimismo y llamaba a que los ciudadanos se hicieran partícipes, con ideas, para la celebración del Centenario. Fue un momento de gran entusiasmo. En julio de 1936, una vez se supo del dinero donado por la nación se invitó a los lectores y al público en general a que expresaran,

con moderación, pero con firmeza, sus impresiones acerca de las cosas de que estamos mayormente urgidos. Estamos seguros de que una insinuación hecha a tiempo será acogida por la administración pública bogotana, en estos momentos precisos. Sin pecar de fanfarrones **podríamos decir que el dinero sobra**, mientras que nos hallamos escasos de ideas que den brillo y ejecutorias a la inversión de ese dinero (El gráfico, 18 de Julio de 1936).

No obstante, de una posición optimista se pasó, una vez celebrado el centenario, a un fuerte pesimismo. Al parecer, los dineros que se habían recaudado y los que había dado la Nación para la celebración del Centenario de Bogotá se gastaron indebidamente y sin consideración del futuro. La ciudad quedó entonces en una grave crisis fiscal que “obligó” a los administradores a un alza y extensión progresiva de los impuestos. En 1939, la posición era bien distinta. En la misma revista citada anteriormente, se decía, respecto al uso de los dineros públicos y a la extensión de los impuestos municipales, que

Si los dineros que se cobran por tal concepto (impuestos), tuvieran por fin la utilidad de todos los ciudadanos, la consignación se haría con placer y con una sana intención de cooperar al beneficio común. Pero dentro de la actual organización el tributo sirve apenas para mantener una competencia ruinosa, aprovechada por aquellos que por ser padres, hijos, esposas, hermanos y consanguíneos de los servidores del municipio han adquirido el derecho de usufructuar sin restricción la asistencia pública (El Gráfico, 11 de noviembre de 1939).

Pero las críticas que los medios de comunicación hacían no estaban sólo en contra del manejo de los dineros públicos, sino que algunos, de hecho, se manifestaban en contra de los orígenes de algunos de estos recursos. Y es que gran parte de los dineros que el Estado, el Departamento y el Municipio recibían provenían, tanto de los impuestos, como de la producción oficial de bebidas alcohólicas.

En este sentido, Manuel Laverde Liévano (1939) fue un gran crítico del hecho de que el fisco hinchara sus arcas a costillas de “La degeneración del pueblo” por el alcohol. El afirmaba que

Una administración suicida e incomprensiva, con esos recursos empapados en llanto y destilando sangre, nos habla de escuelas, caminos, cárceles modelos, sin querer hacer el balance histórico de que a mayores productos de alcohol oficial, se requieren más cárceles, más hospitales, y más manicomios, para guardar las víctimas que con sus míseros centavos y con el dolor de sus vidas manchadas y rotas acrecentaron imbécilmente las arcas del Estado (8 de Julio).

Para el crítico, las cifras demuestran la doble moral del fisco oficial. Mientras por un lado las distintas administraciones de Bogotá realizaban campañas contra el consumo de alcohol en general o, en particular, contra el consumo de la chicha, por concepto de impuestos a bebidas alcohólicas, en 1936, por ejemplo, en el presupuesto de rentas y gastos para la vigencia del año 1937, se calculaban ingresos por cerca de quinientos cincuenta mil pesos -\$ 550.000- (Consejo de Bogotá, 1937, pp. 147 y ss.).

El aumento en las tarifas y extensión de los impuestos prosiguió en el quinto decenio. Así mismo, las denuncias continuaron. Cabe aclarar que el estado de las finanzas del Estado, así como de la economía en general, durante este decenio entró en una grave crisis, producto de los efectos de la Segunda Guerra Mundial. Las exportaciones bajaron estrepitosamente, el precio de los productos colombianos en el mercado mundial descendieron y las importaciones, por tanto, también se vieron afectadas, etc.

La carga fiscal, representada por el continuo aumento y extensión de los impuestos se denunció en 1940. El motivo fue, esta vez, la creación de un impuesto a los constructores que ponía en dificultades, según el columnista, al crecimiento de Bogotá, y agregaba que:

Con esta medida el auge material de la urbe va a decaer notablemente con los consiguientes problemas de trabajo. Muchos obreros dedicados a las construcciones no encontrarán trabajo; la ciudad se estancará en su ensanchamiento y la nueva carga en lugar de beneficiar a los ciudadanos y a Bogotá que es el sentido de los impuestos será un motivo más de retroceso (El Gráfico, 14 de diciembre de 1940).

La crisis económica por la que pasaba Colombia, en general, pero en particular, Bogotá, afectó a todos los sectores, tanto que, por ejemplo, después de 1941, la revista que hemos venido citando, dejó de ser publicada por efectos de la crisis económica del país, que hacía imposible la importación de materiales necesarios para su funcionamiento. El sector de la construcción, el de la industria y el comercio, así mismo se vieron profundamente afectados durante ésta quinta década del siglo XX.

CONCLUSIONES

Como puede verse, el desarrollo de la educación en Bogotá está articulado y sufre de las mismas deficiencias del desarrollo de la educación en Colombia en este periodo. No obstante, es importante hacer notar cómo la imagen que se desprende de nuestra investigación contrasta con la que frecuentemente se ha construido en la mitología localista, esto es, contrasta con la idea de la *Atenas Suramericana*.

No obstante lo anterior, lo que se hace evidente es que el desarrollo de la educación en la ciudad hay que mirarlo más allá de las fronteras de la escuela. Para las administraciones municipales de nuestro

periodo, parece claro, la formación de los ciudadanos iba más allá de este escenario y el espacio público, su ordenamiento, control, vigilancia e intervención se vio como una herramienta central del proceso educativo de los habitantes de la ciudad.

Todavía falta, no obstante, para completar esta mirada, acercarse más a los proyectos y programas adelantados por las distintas administraciones en materia educativa, analizar sus realizaciones, sus balances y alcances. En relación con la historia de lo que llamaríamos las prácticas pedagógicas todavía falta acercarse a lo que pudo ser la vida en las escuelas, a las formas en que se desarrollaban las relaciones entre estudiantes y profesores y entre instituciones, a la forma como se gestionaban las relaciones interinstitucionales entre escuelas y el gobierno municipal, entre otros problemas.

Cómo dijimos al principio del presente documento, el objetivo de nuestra investigación es ampliar la mirada sobre lo que fue el desarrollo de la educación en Bogotá, complementar y articular algunos trabajos dispersos que hasta el momento se han publicado. Esperamos que la misma contribuya a abrir nuevas preguntas sobre este importante periodo de nuestra historia y la manera en que se gestionaron y concretaron los procesos educativos en nuestra ciudad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1948). *Guía de Bogotá*. Bogotá, Colombia: Editorial Anatesa.
- Archila, M. (1992). *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá, Colombia: Editorial CINEP.
- Arévalo, D. (2009). Muchas acciones y una solución distante. Mecanismos gubernamentales de protección social en Bogotá: 1930-1945. *Historia Crítica*, 39 (Edición Especial), pp. 166-186.
- Arquitectos -Promoción de 1945. "Para que Bogotá sea una ciudad moderna." En. Proa. Número 1. Bogotá, agosto de 1946.
- Blanco, J. & Salcedo, G. (2012). Entre lo tradicional y lo moderno. Bogotá a principios del siglo XX. *Investigación & Desarrollo*, 20 (1), pp. 190-229.
- Braun, H. (1998). *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia Urbana en Colombia* (2ª Ed.). Bogotá, Colombia: Editorial Norma.
- Concejo de Bogotá. (1933). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1932*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Concejo de Bogotá. (1934). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1933*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Concejo de Bogotá. (1935). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1934*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Concejo de Bogotá. (1937). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1936*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Concejo de Bogotá. (1940). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1939*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Concejo de Bogotá. (1942). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1941*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Concejo de Bogotá. (1945). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1944*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.

- Concejo de Bogotá. (1947). *Acuerdos Expedidos por el Concejo de Bogotá. 1946*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Esguerra, A. (1933). *Mensaje del alcalde de Bogotá: Al honorable Concejo Municipal*. Bogotá, Colombia: Imprenta Municipal.
- Figuroa, C. (2006). Orígenes, formación y proyección de las facultades de Educación en Colombia: 1930-1954. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 8, pp. 199-218.
- Helg, A. (1987). *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social económica y política*. Bogotá, Colombia: CEREC.
- Helg, A. (1989). La educación en Colombia. 1946.1957. En *Nueva Historia de Colombia*, Tomo IV (pp. 111-134). Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- Herrera, M. C. (1986). La Educación en la segunda república liberal (1930-1946). *Revista Colombiana de Educación*, 18, pp. 84-97.
- Herrera, M. C. (1993). Historia de la Educación en Colombia. La República Liberal y la modernización de la Educación: 1930-1946. *Revista Colombiana de Educación*, 26, pp. 97-124.
- Herrera, M. C. (2002). La escuela Normal Superior 1936-1951. Avatares en la construcción de un proyecto intelectual. En O. L. Zuluaga (Ed.), *Historia de la Educación en Bogotá*, Tomo II (pp. 118-166). Bogotá, Colombia: Panamericana Editores.
- Herrera, M. (1991). Las ciencias humanas y el ambiente académico de Colombia entre 1930-1950. *Revista Colombiana de Educación*, 22-23, pp. 91-109.
- Jaramillo Uribe, J. (1989). La educación durante los gobiernos liberales. 1930-1946. En *Nueva Historia de Colombia*, Tomo IV (pp. 87-110). Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- Jaramillo, R. (1994). *Colombia la Modernidad postergada*. Bogotá, Colombia: Temis.
- Klaus Runge, A. & Muñoz, D. A. (2005). El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX. *Revista Iberoamericana de Educación*, 39, pp. 127-168.
- Laverde Liévano, M. (8 de Julio de 1939). *El Gráfico*.
- Le Grand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850.1950)*. (H. Valencia, Trad.). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Muñoz, D. A. (2005). El evolucionismo social y la sociobiología especulativa en los autores de la degeneración de la raza: raza y evolución en Colombia entre 1900 y 1940. *Revista Educación y Pedagogía*, 17 (42), pp. 131-144.
- Nieto Caballero, L. E. (junio 4 de 1938). *El gráfico*.
- Noguera, C. E. (2002). La reforma educativa en Bogotá: 1920-1936. En O. L. Zuluaga (Ed.), *Historia de la Educación en Bogotá*, Tomo II (pp. 50-78). Bogotá, Colombia: Panamericana Editores.
- Palacios, M. (1979). *El café en Colombia, 1850 - 1970: Una historia económica, social y política*. Bogotá, Colombia: Editorial Presencia.
- Parra Báez, L. A. (2011). La educación femenina en Colombia y el inicio de las facultades femeninas en la Pontificia Universidad Javeriana, 1941-1955. *Historia de la Educación Colombiana*, 14, pp. 121-146.
- Pedraza, Z. (2011). La estrategia higiénica. Movimiento y regeneración. *Revista Educación Física y Deporte*, 30 (1), pp. 445-456.

- Pérez, E. (1948). Instituciones científicas y culturales. En *Guía de Bogotá*. Bogotá, Colombia: Editorial Anatesa.
- Rivas Gamboa, Á. (1999). La educación pública y el sueño de la república liberal. Tres intelectuales maestros en el proyecto de hacerse nación. *Revista de Estudios Sociales*, 3, pp. 97-103.
- Roque Casas. (1939). *La educación pública en Bogotá*. Bogotá, Colombia: Imprenta municipal.
- Rother, H. (1958). *Estudio de la Población de Bogotá D.E.*. Bogotá, Colombia: Oficina de Planificación Nacional.
- Saldarriaga, O. & Sáenz, O. (2002). La escuela activa en Bogotá en la primera mitad del siglo XX: ¿Un ideal pastoril para un mundo urbano?. En O. L. Zuluaga (Ed.), *Historia de la Educación en Bogotá*, Tomo II (pp. 81-115). Bogotá, Colombia: Panamericana Editores.
- Samper, G. (1948). Servicios públicos. En *Guía de Bogotá*. Bogotá, Colombia: Editorial Anatesa.
- Tirado Mejía, Á. (1981). *Aspectos Políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo: 1934-1938*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Cultura.
- Uribe Celis, C. (1985). *Los años 20 en Colombia: Ideología y cultura*. Bogotá, Colombia: Editorial Colombia Nueva.
- Uribe Sánchez, Marcela (2004). Del cinematógrafo a la televisión educativa. Uso estatal de las tecnologías de comunicación en Colombia. 1935-1957. *Historia Crítica*, 28, pp. 27-49.
- Vega Cantor, R. (2002). *Gente muy rebelde. Mujeres, artesanos y protestas cívicas*. Bogotá, Colombia: Editorial Pensamiento Crítico.